

Manuel Pedro González

## TRES AUTORES AMERICANOS

**J**OSE María de Hostos, como tantos otros de nuestros grandes, espera todavía el día de su justicia en América. Exceptuado Martí, apenas si existe en la América hispana otra personalidad que más total y devotamente se haya dado a la causa de nuestro continente. Las tres grandes Antillas, Colombia, Venezuela, Perú, Chile, Argentina, ¿qué país de América no visitó y a cuál no le sirvió con amor de hijo? ¿Con cuál no se sintió identificado y le rindió el esfuerzo generoso de su talento de excepción y el caudal inagotable de su saber y de su virtud? En cada uno de ellos supo el gran portorriqueño dejar huella imborrable y crear deuda de gratitud que aun permanece impagada. A excepción del suyo propio, Cuba, Santo Domingo y Chile son los que más obligados le están por ser los tres países a los que con más perseverancia y acendrado cariño entregó sus hondas preocupaciones de educador y sociólogo.

Hacia fines del siglo, muertos o mudos ya los que hasta entonces habían sido como voz y norte de nuestros pueblos, el alma de América, sus ansias de renovación y de superación, encuentran en dos antillanos sin par, su expresión más alta y noble. José Martí y José María de Hostos encarnan durante los

últimos lustros del decimonono los anhelos de redención del mundo hispanoamericano. No fué el suyo patriotismo de campanario, ni su alma grande hubo de limitar el vuelo a los confines de sus respectivas patrias irredentas aun. En ellos encontró el sentimiento de unidad americana y el alma colectiva de nuestros países su máximo exponente y una magnífica disposición apostólica para manifestarse.

Nunca tuvo América voz más pura ni acento más transido y elocuente que por ella abogase que la de estos dos antillanos cimeros. Ambos se sintieron americanos ante todo y con la causa de América se identificaron y a ella consagraron su vida de virtud y de esfuerzo titánico. Martí, mediante su prédica de apóstol immaculado y heroico, coronada por el cruento sacrificio de su propia vida; Hostos, con su tenaz labor educadora, con su mente poderosa de sociólogo, con el ejemplo de toda su vida laboriosa y austera. Ambos sintieron entrañablemente el dolor gestador de nuestros pueblos y se pusieron a la tarea ingente de redimirlos. Después de Bolívar, América no tuvo nunca voceros más eminentes y abnegados. Honrar honra, decía Martí. Y a estos dos abanderados del ideal americano aun no les hemos rendido el tributo a que son acreedores. Deuda es ésta insaldable—como todas las del corazón—pero sí es hora ya de que América empiece a reconocerla.

Ningún libro mejor para el cabal conocimiento de Hostos que el que su coterráneo, Antonio S. Pedreira, nos ha dado: *Hostos, Ciudadano de América*. (Espasa-Calpe, Madrid, 1932). Y a propósito: ¿por qué no figura esta excelente biografía en la serie que la misma editorial está haciendo de españoles e hispanoamericanos ilustres? No comprendo el sentido de la preterición, ya se trate del biógrafo o del biografiado, porque ni éste puede quedar fuera de

la serie ni creo que nadie alcance a superar la extrema bondad de la labor realizada por Pedreira.

Antonio S. Pedreira, con José Padín y la señorita Concha Meléndez, sostiene en la Universidad de Puerto Rico la tradición y el espíritu hispanos, y los tres son como los celadores máximos de nuestra cultura en la isla infortunada. La labor intelectual de Pedreira, alcanza ya varios volúmenes, entre ellos, una valiosísima *Bibliografía Portorriqueña*, y un libro de excelentes ensayos: *Aristas*, (Editorial Campos, San Juan, P. R., 1930).

En *Hostos*, la votiva admiración del autor por su biografiado se suma a una profunda erudición y a un fino espíritu crítico, y de la concurrencia de estas tres virtudes cardinales de todo biógrafo, resulta un producto armónico, feliz y deleitoso. Con honda simpatía y filial ternura, nos lleva Pedreira por los áridos senderos que aquella vida de iluminación recorriera, y—admirable *cicerone*—nos va revelando su esfuerzo perseverante en pro de la cultura y de la unidad de América. En cada una de las múltiples estaciones de su luminosa trayectoria, Hostos plantó un ideal o propulsó una aspiración fecunda. Su paso por América—como el de Martí—deja una estela de luz y de nobles iniciativas que aun perdura.

En este libro escrito con purísimo *intelletto d'amore*, Pedreira nos va desvelando el alma toda pureza y anhelo de perfección de Hostos. Por sus amorosas páginas van pasando sus ardorosas campañas de juventud en pro de la libertad antillana, en Madrid; sus angustias de americano y de patriota frente a las discordias de los cubanos en armas y en el ostracismo a los que ofreciera reiteradamente su esfuerzo y su vida en holocausto de la libertad cubana; sus dolorosas peregrinaciones por toda la América austral; sus campañas americanistas; sus grandes iniciativas; sus heroicos renunciamientos; su tesonera

labor cultural y educativa; sus profundas especulaciones filosóficas, jurídicas y sociales; y, por último, sus angustias mortales frente a la frustración de sus anhelos libertarios para el rincón nativo. Por estas páginas devotas pasa heroica y sangrante aquella vida ejemplar, vida de pensamiento y de acción, vida plena y fecunda, como pocas. Cada una de sus múltiples facetas ha sido captada en este libro bueno que Pedreira nos ha dado con precisión histórica y justeza crítica insuperables.

\* \* \*

En *Las Lanzas Coloradas* (Editorial Zeus, Madrid, 1931), Arturo Uslar Pietri nos presenta un cuadro sobrio y enérgico de Venezuela hacia 1815, es decir, durante la guerra de independencia. No se crea por ello que el autor se haya propuesto darnos en esta novela *la epopeya emancipadora*. Esa sería tarea para un Balzac, un Galdós o un Dostoiewsky, y Uslar Pietri—aunque excelente narrador—no pretende hombrearse con tales gigantes. De ahí que con discreto criterio estético, prescinda de los caracteres centrales de aquella magnífica gesta. Ni Miranda, ni Bolívar, ni Páez, ni Sucre, ni Piar ni ninguno de los demás jefes extraordinarios —excepción hecha de Boves y del general José Félix Rivas—aparecen en la obra. Y aun estas dos fuertes personalidades figuran episódicamente. Por un momento surgen poderosas, dominadoras, para esfumarse en seguida. A ambos los vemos por un instante en acción, pero a ninguno se le retrata. La sombra de Bolívar, en cambio, se proyecta majestuosa a lo largo de toda la narración, y si bien nunca llega a destacarse en primer plano, el lector la presiente en toda su magnitud, condicionando la acción y trazándole la ruta al destino de América.

La intención del autor ha sido darnos una visión interna, parcial y episódica de la Venezuela de la época. ¡Y a qué tristes meditaciones nos invita esta admirable pintura psicológica, tan fuerte y hábilmente realizada! El autor nos traslada a una hacienda o estancia venezolana, y allí asistimos a la agonía de los esclavos, a quienes su absoluta inconsciencia lleva a pelear en favor de los realistas que los explotan y del mayoral que los maltrata. El cuadro que Uslar Pietri nos da de la vida de estos infelices y de su total ausencia de sentido cívico y moral es realmente extraordinario.

El señor Uslar Pietri se ha aventurado en un terreno virgen y fecundísimo en posibilidades estéticas para la novela. Esperemos que tanto él como Mariano Picón Salas, que también lo ha frecuentado, continúen llevando al campo de la novela aquel pasado glorioso que espera aún por el narrador que lo aprisione en toda su trágica grandeza.

\* \* \*

El doctor Mariano Azuela es uno de los más recios temperamentos de novelista de la América hispana en la hora actual y, sin duda, el primero entre los noveladores mexicanos posteriores a la revolución. Esta narración—*Las Moscas*, (Ediciones de «La Razón», México, 1931)—la constituyen una serie de aguafuertes enérgicamente perfiladas, en que aparecen como en caricatura, algunos personajes de la impedimenta que arrastraba el ejército de Villa, tras la derrota de Celaya. Como frente a una cinta cinematográfica, asistimos aquí a algunas escenas de la retirada de la famosa guarnición del norte, y por ella vemos desfilan una serie de tipos, grotescos unos, falsos y egoístas otros, y todos humanos, profundamente humanos en su egoísmo, en su miedo y en su

maldad. Son éstos especie de caprichos goyescos, dibujados con un verismo y un vigor extraordinarios. Hay aquí humor y sátira, amarga ironía y una extraordinaria aptitud para aprisionar en unos cuantos trazos, esa humanidad bárbara y miserable, sin sentido moral y sin conciencia cívica que vemos desfilar por la obra toda de este gran novelista. Más atrás la caricatura quevedesca y de la escena grotesca, se siente palpitar, adolorida, el alma contristada del autor frente a tanta miseria moral y material y a desventura tanta. Pero esto lo infiere el lector porque don Mariano Azuela siente el pudor de sus propios anhelos y jamás los exterioriza de manera directa ni menos se entrega a esa forma de prédica moralizadora tan característica de la novela mexicana, desde Fernández de Lizardi hasta López Portillo y Federico Gamboa.

En *Los Caciques*, la otra narración que con *Las Moscas* comparte casi por igual las 177 páginas de este interesantísimo volumen, el cuadro se amplía, adquiriendo una tercera dimensión—profundidad. El cuadro supera al anterior en fuerza satírica y en combatividad, a la vez que adquiere una mayor vertebración novelesca. En *Las Moscas* predomina el impresionismo narrativo, por así decir, sin argumento ni intriga propiamente. En *Los Caciques*, en cambio, hay un enredo novelesco y hasta su conato de episodio amoroso, si bien todo ello supeditado a la intención satírica del autor. Aquí más que en la otra novelita, surge el rebelde justiciero que hay en Azuela frente a la injusticia social vigente.